

#### 4. Seguir para dejar caminar a Jesús

Jesús hace comprender a Pedro y a los demás discípulos que sin una *metanoia*, sin una conversión del pensamiento, del sentir, del sentido de las cosas, el seguimiento no sería verdadero, no sería seguimiento, no iría donde va Jesús, no se adheriría a lo que Él es, hace, dice, piensa, ama, sufre, ni tampoco a su alegría.

Así pues, hemos de entender lo que significa esta conversión del pensamiento que nos ayude a vivir la vocación no pensando “como los hombres” sino “como Dios”. Y los elementos para comprender esto se nos dan a través de las palabras de Jesús a los discípulos después de la corrección a Pedro (cf. Mt 16,24-27). Entonces, hemos de tenerlas en cuenta para comprender qué significan para nosotros, para nuestra vocación y misión, qué conversión de juicio y, por lo tanto, de vida nos piden.

En la reprensión de Jesús a Pedro y en el motivo que Jesús describe para considerar a Pedro un escándalo, un obstáculo en Su vocación y misión, hallamos ya la indicación positiva de la verdad de un seguimiento. Porque Jesús describe aquí la traición de Pedro, la verdadera traición de Pedro, más grave que la negación en la que caerá por fragilidad, Jesús describe la traición de Pedro expresándole un juicio claro sobre lo que nuestra libertad está llamada a elegir. Jesús hace comprender a Pedro y a los discípulos ante qué encrucijada se encuentran cuando quieren seguirle, y cuál es la única dirección de quien Le sigue de verdad. Aún más, explica cuál es la opción de quien no solo sigue a Jesús, sino que Le deja caminar delante de nosotros. Si uno es para Jesús un escándalo, un *skandalon*, que literalmente significa “obstáculo”, esto quiere decir que no Le deja caminar, que le impide andar por el camino de Su misión.

¡Pensad qué importancia de vértigo tiene nuestro seguimiento, nuestro seguir verdaderamente a Jesús, y, por lo tanto, nuestra vocación, el sí que decimos a nuestra vocación! No se trata tanto, o primeramente, de hacer nosotros un camino, de recorrer el camino bueno y justo de nuestra vida: se trata nada menos que de permitir a Jesucristo recorrer en el mundo Su camino, Su senda, Su vocación y misión, la que el Padre Le ha señalado desde toda la eternidad.

¿Nos damos cuenta de esto? ¿Somos conscientes de ello? Yo, lo confieso, muy poco, demasiado poco. Me doy cuenta de ello por el sentido de desorientación que experimento ante ciertas situaciones. Que me encuentro allí preguntándome cómo continuar el camino. Esto está bien; pero si me lo pregunto a mí mismo y no se lo pregunto a Cristo, es una presunción irreal y estéril.

Este misterio no es tan extraño, porque es inherente al misterio de la Encarnación redentora del Hijo de Dios, que ha querido y fundado su Iglesia como su Cuerpo, como signo e instrumento de Su presencia redentora en el mundo. Si un miembro, por mínimo que sea, no sigue a Jesús en el ámbito de la función a la que está llamado en el cuerpo vivo de la Iglesia, aquella función, Jesús no podrá vivirla, no podrá explicitar allí Su misión redentora. Es como si en aquel ámbito Jesús estuviese impedido de avanzar en el mundo para salvarlo. Un miembro del Cuerpo místico que no sigue a Cristo es escándalo que obstruye el camino a Jesús en la senda de Su misión.

En positivo: ¡qué grande la misión de cada cristiano, de cada bautizado! Incluso cuando parece que quizá no tenga importancia en la Iglesia y en el mundo, incluso cuando uno está llamado a vivir como cristiano una vida totalmente ordinaria, totalmente cotidiana, que nadie nota, siempre es extraordinaria la fidelidad de un seguimiento dentro de la forma querida por Dios y asignada a cada uno, porque toda fidelidad, incluso cuando toda ella es frágil y llena de caídas, permite a Cristo hacer su camino en el mundo, penetrar toda la realidad con la Redención en su Sangre y, por lo tanto, con la regeneración en Cristo resucitado de la realidad humana arruinada por el pecado y la muerte.

Durante su vida terrena, Jesús estuvo siempre en camino. También antes de la vida pública. Ya sea por las callejuelas de Nazaret, o en el campo de Galilea, cada uno de Sus pasos era la senda de Su misión, que avanzaba para salvar el mundo. ¡Y qué red de itinerarios no tejió durante los tres años de vida pública! Imposible de reconstruir, tanto que los Evangelios en un cierto punto se limitan a repetir el estribillo: “Jesús recorría todas las ciudades y pueblos” (cfr. Mt 9,35). Pues bien, todas aquellas sendas, todos aquellos senderos o caminos maestros, todo *continúa ahora*, Cristo continúa recorriendo ciudades, pueblos, campos, desiertos, montes y valles, y atraviesa ríos y mares, para cumplir Su misión, con una intensa pasión de salvación universal. Tanto que una de sus últimas palabras es precisamente: “¡Id!” (Mt 28,19; Mc 16,15), y la última escena del Evangelio de Juan muestra a Jesús que se aleja caminando, seguido de Pedro (cfr. Jn 21,19-22). *Jesús que camina seguido*: esta es la forma de la venida de Cristo, del Reino que viene ahora.

El final de los Evangelios de Mateo (28,18-20) y Marcos (16,15-20) expresan la transmisión de la misión de Cristo a la misión de la Iglesia, la transmisión del *ir* de Cristo al *ir* de los discípulos. Ahora son los discípulos los que continúan la misión del Señor o, mejor, los que la prolongan en el mundo. Jesús permanece presente, aún más presente, viviendo en nosotros Su misión, Su adentrarse en el mundo entero para redimir al hombre con la gracia del bautismo. Estos textos han de ser meditados pensando que Cristo nos dice esto a nosotros igual que a los apóstoles, y que, por lo tanto, hablan de nuestra vocación y misión.

La “Iglesia en salida”, tan querida para el Papa Francisco, está en salida desde el comienzo, es la Iglesia en la que los discípulos, allí donde se encuentren, incluso en clausura, o clavados en un lecho por la enfermedad, no sean un escándalo, un obstáculo para el caminar de Cristo en el mundo redimiendo a la humanidad entera.

Ahora comprendemos que la dura reprobación de Jesús a Pedro nos concierne a cada uno de nosotros, y queremos entenderlo, queremos asimilarlo, y dejarnos corregir, porque no nos podría suceder nada peor que ser un impedimento en el camino de Cristo para redimir el mundo. Que después coincide con el hacer vana la Cruz, con una posición de la libertad que quiere impedir a Jesús morir y resucitar para la salvación del mundo, como quería impedirlo Pedro. Hacer vana la misión de Cristo y hacer vano el misterio pascual, coinciden, son la misma oposición satánica al designio eterno y misericordioso de Dios.